



ÑERI

III

JUAN SOLÁ

|| § HOJAS DEL SUR

Contenido

[Créditos editoriales](#)

[Prólogo](#)

[UNO](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[DOS](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

6

7

8

9

10

11

12

13

TRES

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

Créditos editoriales

Solá, Juan

Ñeri / Juan Solá - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Hojas del Sur, 2019.

E-Book.

ISBN 978-987-1882-99-1

1. Narrativa Argentina Contemporánea. I. Adler, Paola, ed. II. Título.

CDD A863

Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial, la distribución o la transformación de este libro, en ninguna forma o medio, ni el ejercicio de otras facultades reservadas sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes vigentes.

©2019 Editorial Hojas del Sur S.A.

Albarellos 3016

Buenos Aires, C1419FSU, Argentina

Argentina

Tel. 54-11 4981-6178 / 6034

www.hojasdelur.com

Publicado por **Hojas del Sur**

Dirección editorial: Andrés Mego

Edición: Paola Adler

Ilustración de portada: Luan Vieira

Diseño y conversión digital: [AADG Studio](#)

*Para Saúl,
por la libertad que parimos juntos.*

Prólogo

Ser
el más delicado insecto
que camina entre los girasoles
el día que adelanta el verano
y el invierno
la mujer que llega a la luna
la fuerza que le corre la cara
al golpe
el viento que se filtra por donde puede en cualquier ventana
el olor a tierra cultivada a libro viejo o a flor que dura un día
el alimento que cura la herida del hambre
la confianza en una tribu
las ovejas que acechan a los lobos
el abrazo de los amigos
que ablandan
las cercas del mundo
hasta pulverizarlas.

SAMANTHA SAN ROMÉ

UNO

La oscuridad no es más que un instante de
luz dormida.

*Lo único más grande
que el amor a la libertad
es el odio a quien te la quita.*

OFELIA FERNÁNDEZ

1

El cuerpo comenzó a romperse demasiado pronto y aun así, había algo en él que se parecía más a la primavera que a las tumbas.

Estuvo preso de muchas formas y terminó creyendo que la carne que lo contenía también era una cárcel, y que los recuerdos eran celdas, y todo aquello lo perturbó tanto, que su corazón se convirtió en un cuervo negro, graznándole en el pecho, picoteándolo desde adentro, aturdiéndolo.

Cuando comprendió que la libertad es una trampa, quiso demoler hasta la última cárcel y así también acabo detonando su propia carne, para liberar el amor arrebatado de las celdas de la memoria, para ver si así también conseguía soltar al cuervo que le picoteaba el corazón ensangrentado.

Yo lo abracé y le dije que siempre creí que éramos como frutas, que maduran y van deshaciéndose sobre los dedos de la tierra para parir una semilla, y que es ahí donde hay que poner la fe, no en la promesa de un cielo, porque al fin y al cabo, la fe es una semilla que sueña que tiene ramas.

Era de noche. La gente iba de acá para allá, de brazos cruzados y caras solemnes por culpa del viento, que no daba tregua. La terminal era un mar de fantasmas azules que esperaban y suspiraban, movían las piernas traslúcidas y fumaban con la impaciencia de un fantasma que ha estado preso en este mundo de mortales demasiado tiempo.

Rafael la vio enseguida. Qué no la iba a ver, si tenía una carita. Ella no era un fantasma azul en una terminal del sur. Pensó que ella era *distinta*, porque así dice la gente cuando conoce a alguien especial. Pero ella no era *distinta*. A decir verdad, se parecía bastante al resto de los fantasmas de la estación.

Vio que tenía los ojos caídos sobre una libreta de tapa amarilla y la expresión que tendría una jaula vacía si tuviera rostro, porque es bien sabido que una jaula vacía también es un pájaro en libertad.

Algún arrebatado de antiguo catecismo lo atrapó, indefenso, y se atrevió a preguntarse si acaso la mujer sería un ángel, pero enseguida sacudió la cabeza y se rio de su propia idea. El único Ángel que había conocido se le había aparecido en el penal de Rawson, y tenía heridas de bala en el lugar donde van las alas.

Qué estará escribiendo, se preguntó.

Fingió atarse los cordones para mirarla un rato más. La miró de lejos, para ver si no mordía. La siguió con los ojos un rato largo. Y así, de lejos, notó que a cada rato se ponía un mechón de pelo atrás de la oreja y seguía anotando cosas y la sonrisa le temblaba.

Rafael había aprendido de pibito eso de mirar de lejos y entenderlo todo.

Para cuando cumplió los cuatro, ya había entendido que la expresión en los ojos de su madre era de cansancio; un

cansancio de fuego que la iba consumiendo de a poco, como si ella fuera un montón de carboncitos agonizando.

La cara te dice todo, repetía siempre Rafael.

La cara te dice, por ejemplo, si el otro te quiere ver llorar o te quiere ver bien. O si tu buena noticia lo puso contento o le cagó la vida. O si la piba que fichaste toda la noche te va a dar cabida cuando te acerques. O si tu viejo te va a fajar con cuero, con alambre o con madera.

La cara te dice todo eso, te lo juro, decía Rafael, y el Ángel se reía. Y el oficial de turno, que escuchaba por casualidad, también sonreía, pero con una mueca fea, como la que ponen las personas que encuentran placer en el canto de las aves enjauladas.

Entonces, vos vas a querer ponerte a mirar la forma de las caras, vas a querer decir *este tiene cara de yuta* o *esta tiene cara de garca*, pero así no funciona. La *forma* de la cara no te dice nada, no tiene nada que ver, haceme caso, que si llegué hasta acá, fue por aprender a mirar caras, agregó después.

Entonces hacía un esfuerzo por olvidarse de las rejas, cerraba los ojos y pensaba en los pibes con los que paraba allá, en Capital. A ellos nunca se había animado a hablarles sobre los secretos de los rostros, por miedo a que lo creyeran un maricón sensible. Se arrepintió para siempre, porque a los pibes no los vio nunca más.

De haberse atrevido, Rafael les hubiese dicho que para sobrevivir hay que prestar atención a las sombras de la cara y también al pedacito de los ojos que se pone brillante cuando uno está contento de verdad. O a la forma en que las cejas se deslizan sobre la arena de la frente, antes de que los puños hiervan.

Debe ser por eso que hay personas que hablan tanto, suspiró el Ángel. Si supieran mirar, no harían ese esfuerzo estúpido de llenar de barullo las palabras que se dicen con las partes de la cara que no son la boca.

Vos sos re poeta, Ángel, aplaudió Rafael, y el Ángel hizo una reverencia. Fijate los canas. Si los ratis te miraran a la cara, a los ojos, sería otra historia. Pero nunca te miran, por eso te garrotean. Porque no ven lo que tenés para contarles con los ojos. Porque tus ojos no pueden gritar tan fuerte, y esos corazones muertos que llevan en el pecho ya no escuchan nada. Te fajan porque sí. Porque se te enreda la lengua con la falopa y no te sale defenderte, y entonces ves que las caras se les van llenando de asco, como si quisieran escupirte, y las manos no les tiemblan, porque a vos te sobran las marcas de garrotazos viejos.

Son manchas de tigre resignado, obligado a ser la alfombra mientras todavía respira, suspiró el Ángel.

Me dan lástima los ratis, continuó el otro, paseando los ojos por las paredes húmedas de la celda. Me dan lástima porque nunca miran, nunca escuchan, nunca saben nada, y encima de morirse pobres, se van a morir obedientes.

La señora tenía cara de entender el idioma secreto de los ojos, por eso a Rafael le daban ganas de pararse cerca y preguntarle cualquier cosa: la hora, si aquella noche iría a nevar, si vivía en Buenos Aires o viajaba de paseo, si sabía cuánto tiempo demora el micro a Retiro, si tenía fuego.

Pero se quedó en el molde.

El chofer le dijo que hasta Buenos Aires eran casi cuarenta horas y que se portara bien.

Más vale que me voy a portar bien, viejo, lo encaró. El tipo le palmeó el hombro, casi con lástima, y desvió la mirada.

Le rompía las pelotas cuando lo hacían pasar por invisible. Cuando hablaba y miraban para otro lado, como si no existiera. Como si el fantasma fuera él.

Entonces, escuchó que la señora de la libreta amarilla hablaba a sus espaldas. Hizo silencio y la oyó escupir letras vueltas vapor, que mal conseguían hacerse notar en el barullo de la estación. Sus sonidos eran frágiles, pero tibios, como un nido.

¿Retiro, nueve y media?, preguntó.

Buenas noches, dijo el chofer, fingiendo indignación.

Perdón, buenas noches. Estoy muy cansada.

El chofer asintió, pero tirando la cabeza para atrás y revolviendo los ojos, dando a entender que le importaba todo una mierda.

La señora no se dio cuenta y siguió hablando sola y dijo que la verdad es que en el hotel este del centro, el Atlántico Resort, se duerme muy mal. Enseguida iba a agregar otra cosa, pero el tipo la interrumpió.

Asiento cuarenta y dos, arriba, sentenció, cortante, confirmando la mierda que le importaba su historia.

Rafael subió detrás de ella, tenía el cuarenta y nueve.

Entre el pasillo estrecho y la pierna renga, llegar al asiento sin despertar a nadie era una hazaña, pero él tenía cancha porque estaba acostumbrado a vivir con mucha gente. Se había criado en una casa que tenía una sola pieza, y en la pieza eran nueve.

Se sentó y la tenía en diagonal. Desde donde estaba, le veía los cachetes, la punta de la nariz y esos anteojitos redondos que tenía, con el reflejo de la libreta llena de letras. Escribía y sonreía, y Rafael no supo distinguir entre la intriga y la ansiedad.

Vos siempre vas a cagarla porque sos ansioso. Porque no podés vivir el presente. Porque este hoy que habitás está vestido con pantalones viejos y pulóveres sin tejer, le había dicho el Ángel, que todo el tiempo hablaba en clave de poesía y ha de ser por eso que siempre tenía razón.

Se guardó sus palabras porque cuando te criás entre pibes mal amados, te va educando la sangre. Cambiás comida por sangre, techo por sangre, falopa por sangre. Cualquier cosa que le dijeran para ayudarlo a ahorrar sangre valía más que todas las escuelas que había abandonado.

La señora fingió mirar por la ventana, a su derecha, y aprovechó para ficharlo. No supo qué cara habrá tenido, pero enseguida dejó de pensar en sangre y cruzó los brazos.

Miraba para el frente y por el bordecito del ojo le entró un pedacito de la mirada de ella, que le fichaba la facha y a lo mejor se preguntaba si realmente había valido la pena pagar el pasaje más barato.

Se tentó de mirarla.

Si la mirás, no te mira nunca más, le dijo la voz que vivía en su cabeza, y Rafael hizo silencio y también fingió interés en la oscuridad de la ruta.

Parecés una bolsa de basura, le dijo el milico.

Él, mudo. Agarró sus cosas y salió como quien sale de hacer un trámite, el trámite más largo de su vida.

Se fue mirando para abajo y fichando caras de reojo, para ver si alguna lo iba a morder. Caminó un rato largo, derecho, todo derecho, y todo derecho, como un soldado.

Y como a las tres cuadas, se largó a correr.

Corrió como no corría hacía tiempo, con el cuerpo vibrando, eléctrico. Miró para un costado y se le hizo ver a uno de sus hermanos, que le jugaba una carrera y la felicidad le estalló entre los dientes, porque entendió que el *adelante* no terminaría. Corrió, recordando que el mundo es redondo. Corrió medio chueco, como esos pingüinos rescatados de las tragedias petroleras cuando los devuelven al mar. Corrió y se rio a carcajadas, y de tanto correr, rengueando y vivo de risa, llegó a la estación.

Fue a preguntar en la ventanilla doce, como le habían dicho que hiciera, y era cierto: tenía un pasaje a su nombre, con destino a Retiro.

Le pasó el documento a la piba, respirando de a bocanadas imprudentes el viento de agosto de Rawson, que él sabía que hace mal a los pulmones.

Del otro lado de la ventanilla, ella lo miró entre irritada y muerta de miedo.

¿Tenés tus papeles?, le preguntó.

Tenía todo en la mano, lo hizo un tubito y se lo pasó por el agujero del vidrio que los separaba.

Ella examinó la documentación con los ojos muy serios, como si entendiera algo. Finalmente, imprimió el boleto, volvió a hacer todo un rollito y se lo regresó por el mismo agujero.